

Nivel de vida y calidad de vida

Michael Jacobs

Publicado en: *La economía verde*, Barcelona: Icaria;
Centro de Investigación para la Paz, 1996,
pp. 391-406.

El Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial) es un espacio de reflexión que analiza los retos de la sostenibilidad, la cohesión social, la calidad de la democracia y la paz en la sociedad actual, desde una perspectiva crítica y transdisciplinar.

Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial)
C/ Duque de Sesto 40, 28009 Madrid
Tel.: 91 576 32 99 - Fax: 91 577 47 26 - cip@fuhem.es - www.cip.fuhem.es

19. NIVEL DE VIDA Y CALIDAD DE VIDA

¿Un retorno a las cavernas?

Tanto en los países industrializados como en los que están en vías de desarrollo, tiende a plantearse una pregunta en especial acerca del programa económico Verde. ¿Qué efecto tendría en el nivel de vida (*standard of living*)? La fuente principal de oposición frente a los grupos de defensa del medio ambiente ha sido la vieja creencia de que eso significaría, en palabras un tanto retóricas de dos economistas norteamericanos,¹ «un retorno a la cultura según las normas de los hombres de las cavernas» (*regulated cavernas culture*). Se teme que proteger el medio ambiente hasta donde lo piden los Verdes, requeriría caídas sustanciales del consumo; efectivamente, según esta visión, la sostenibilidad significaría el fin de la era de posguerra, de altos niveles de vida a los que las sociedades del Norte han llegado a apegarse tanto y a los que tan comprensiblemente aspiran las naciones del Sur.

Para algunos Verdes este temor no es gran motivo de preocupación. No impresionados por lo que ellos ven como la vacuidad espiritual y la alienación psicológica de la «sociedad de consumo», consideran que un descenso de los niveles de vida es algo deseable, no temible. Pero simpático uno o no con esta visión, lo cierto es que pasa por alto el punto importante. No es la forma en que los Verdes perciban una reducción en el consumo lo que cuenta, sino la manera como la perciba el resto de la sociedad. Si la gente en general teme que la sostenibilidad haya de causar una caída sustancial de sus niveles de vida, es improbable que vote por

1. H. S. Burness y R. G. Cummings, 1986, p. 323.

ella; y si no lo hace, es improbable que se produzca. En las sociedades democráticas el programa Verde no se llevará a la práctica sin el respaldo popular, y el impacto del programa en el nivel de consumo de la gente tiende a ser un determinante significativo en ello. Pocos gobiernos han sido elegidos gracias a una promesa de disminuir el estándar de vida.

Muchos Verdes contraatacarían este argumento con otro. La afirmación de que la perspectiva de una caída de los niveles de vida hace que la sostenibilidad no sea atractiva, presupone que la alternativa a la sostenibilidad es un ascenso de esos niveles. Es claro que esto es lo que asumen los opositores al movimiento de defensa del medio ambiente. Pero, según sostienen los Verdes, eso no representa en modo alguno la opción que tienen las sociedades industrializadas. Cuando se experimenten los efectos completos de la degradación del medio ambiente, la sociedad se verá forzada a aceptar una reducción del consumo, cualesquiera que sean las políticas que se adopten. En estas circunstancias, el programa Verde puede conducir a un nivel de vida superior que las únicas alternativas disponibles, aun cuando este nivel signifique efectivamente una caída con respecto a los niveles actuales.

En verdad este es un escenario previsible para algún punto en el futuro. Si el daño al medio ambiente no se vigila, bien puede llegar un momento en el que el agotamiento de recursos, los límites de la capacidad de absorción y el deterioro de los servicios de soporte para la vida, obliguen a una reducción del consumo actual, no importa cuáles sean las decisiones políticas. Pero evidentemente esa no es la situación a la que las sociedades industrializadas se enfrentan hoy. Pese a la seriedad de la crisis ecológica, todavía es posible que las políticas económicas eleven el consumo a corto plazo. Y dado que las elecciones tienden a hacerse con base a horizontes económicos de plazo bastante corto, esto significa que hay claramente la posibilidad de efectuar una transacción entre altos niveles de vida y sostenibilidad —si es cierto que la sostenibilidad significa tener que reducir los niveles de vida, como lo sostienen sus críticos—. La pregunta original es entonces válida: ¿Es esto lo que la sostenibilidad significa?

No es de sorprender que para contestar a la pregunta tengamos que definir sus términos. Hasta ahora hemos hablado como si «el nivel de vida», el «consumo» y cierta noción de lo «bien librada» (*how well-off*) que sale una persona fueran formas intercambiables de decir algo cuyo significado es perfectamente claro, pero obviamente este no es, en modo alguno, el caso. En efecto, la pregunta de si la protección del medio ambiente ha de reducir los niveles de vida, es necesariamente problemática. Casi con seguridad, la respuesta depende de cómo se defina el concepto.

Definiciones del nivel de vida

Popularmente, «el nivel de vida» suele identificarse con el ingreso disponible. Si la gente tiene más dinero para gastar (después de descontar la inflación), se asume que está mejor. Sin embargo, esta visión solo tiene en cuenta el consumo privado, pues ignora el hecho de que muchas de las cosas que hacen que la gente salga mejor librada son consumidas colectivamente. Estas cosas pertenecen a dos categorías.

Primero están los servicios públicos (educación, salud, pensiones, limpieza de las calles, etc.), los cuales se pagan con impuestos. Estos servicios también contribuyen al bienestar. La comparación del ingreso disponible entre el Reino Unido y los Estados Unidos, por ejemplo, no daría una visión precisa de los estándares de vida relativos, puesto que en los Estados Unidos casi todos los servicios de salud son comprados privadamente, en tanto que en el Reino Unido se pagan con impuestos. Es claro que los servicios públicos tienen que incluirse en cualquier evaluación general.

En segundo lugar, también tienen que incluirse aspectos del bienestar que no se compran ni se venden, como por ejemplo el medio ambiente. La mayoría de la gente considera que su nivel de vida ha descendido si, siendo todo lo demás igual, el aire de su barrio se vuelve más contaminado o si el parque local es reemplazado por una carretera. Lo mismo pueden juzgar si las tasas de delincuencia aumentan o si disminuye su sensación de estar viviendo en una comunidad cohesionada y pacífica. Estas cosas obviamente guardan relación con el gasto público, puesto que los servicios de protección del medio ambiente, de policía y comunitarios son proporcionados por el gobierno, pero la correlación no es directa. Un mayor nivel de gasto público en medio ambiente no garantiza que la calidad aumente; esto depende del contrapeso de la tasa de degradación. Igualmente, las tasas de delincuencia no las determina el presupuesto para la policía. Así que los gastos públicos y estos factores «no comprados» están ligados, pero no son lo mismo.

El consumo colectivo de ambos tipos contribuye a lo que puede describirse como «la calidad de vida» (*the quality of life*). Este término suele usarse de manera imprecisa, para denotar los aspectos menos tangibles, quizá menos materiales, de los niveles de vida. Pero aquí lo usaremos estrictamente para referirnos a ese componente del nivel de vida que los individuos no pueden (o por lo menos no suelen) consumir en forma privada, empleando su ingreso disponible. En nuestra definición, la calidad de vida es simplemente la suma de todas las cosas que la gente consume colectivamente, ya sea a través del gasto público o sea

porque no son comprables de ninguna manera. Parte de la calidad de vida, como el nivel de delincuencia, ciertamente es intangible o no material; pero parte (como el número de árboles que hay en un barrio) sí es perfectamente material, solo que no es comprada individualmente.²

Reconocer que lo que hace que la gente salga mejor librada es el consumo tanto individual como colectivo, nos permite formular una definición muy sencilla del nivel de vida. El nivel de vida es igual al ingreso disponible real más la calidad de vida. (Con «real» se da a entender el nivel de ingreso disponible expresado en función de la cantidad de bienes y servicios que puede comprar, teniendo en cuenta la inflación. Esta definición se aplicará también a la expresión «bienestar» y a la noción de lo «bien librada» que salga una persona; «consumo» lo limitaremos a usos más específicos). De esto se desprende que solamente si tanto el ingreso disponible como la calidad de vida están subiendo o bajando, será claro lo que está pasando con los niveles de vida. Si hay divergencia, la consecuencia será incierta.

Sin embargo, esto plantea el interrogante de cómo se mide la calidad de vida. Medir el ingreso disponible es relativamente fácil. Pero medir el consumo colectivo no lo es. Las cosas que no se compran no tienen precio; y aunque puedan tener sus propios indicadores, tales como el nivel de contaminación del aire o la tasa de delincuencia, no es fácil ponerlas en una escala común (algunas de estas cosas, como el sentido de comunidad, podrían no tener absolutamente ningún indicador objetivo).

Incluso los gastos públicos, los cuales pueden medirse en términos monetarios, no pueden compararse simplemente entre ellos ni con el gasto privado. Esto se debe a que lo que importa en el concepto de niveles de vida es el bienestar que la gente obtiene del consumo, no simplemente las sumas que se gasten. Cuando la gente gasta su propio dinero, en general podemos asumir que el nivel de bienestar obtenido se correlaciona muy estrechamente con la suma gastada: presumiblemente es así como la gente decide en qué gastar su dinero.³ Pero cuando los gobiernos gas-

2. Así, la «calidad» de vida no puede contrastarse estrictamente con nada que se llame la «cantidad» de vida.

3. Los economistas generalmente asumen que los consumidores maximizan su «utilidad» o satisfacción. Aunque hay mucho debate sobre lo que esto significa realmente (la utilidad no es mensurable), por lo regular es prudente aceptarlo en términos de política económica, puesto que eso equivale a decir que en el consumo privado normal la gente debería tener la libertad de escoger qué comprar con su propio dinero. No obstante, posteriormente tendremos razón en relajar este supuesto, al preguntar si una cantidad dada de ingreso disponible siempre tiene el mismo valor.

tan dinero, ya no puede hacerse esta presunción, puesto que la gente no tiene control directo sobre lo que se provee en su favor. En consecuencia, no puede deducirse que una suma dada de gasto siempre contribuya en igual medida al bienestar.

Esto es particularmente importante cuando se comparan los gastos público y privado. Por ejemplo, generalmente se encuentra que los servicios públicos de salud son más eficientes que los privados: es decir, que se gasta menos en administración y más en atención médica.⁴ Pero si esto es verdad, la misma cantidad de dinero gastado en los sistemas de salud público y privado, tenderá a producir diferentes contribuciones al nivel de vida.

Asimismo, si una suma de ingreso gubernamental previamente empleada, por ejemplo, en la reparación de carreteras, se le «devuelve» a los contribuyentes en forma de reducción de impuestos, el valor que genere dependerá de la manera como la gente compare los beneficios de carreteras mejor mantenidas con los bienes de consumo, o lo que sea, que compre con el ingreso disponible extra. Puesto que los individuos a nivel privado no pueden gastar dinero en la reparación de carreteras (las cuales son un bien colectivo), no puede asumirse en forma automática que el consumo privado valga para ellos lo mismo que el consumo público que reemplazó. Por otra parte, el hecho mismo de que sea privado puede entrañar valor extra: para algunas personas, simplemente estar en capacidad de escoger cómo gastar el dinero puede ser de por sí un beneficio.

Aquí surge además otro problema. Se trata de que los gastos público y privado suelen conducir a una distribución diferente de los beneficios. Los gastos en bienestar, por ejemplo, en general tienden a beneficiar a la gente más pobre, tomando impuestos de los más adinerados para financiarlos.⁵ Si tales gastos se recortan para reducir los impuestos, un grupo de gente ganará y otro perderá. El efecto de tal cambio en el nivel general de vida es entonces materia opinable y, por supuesto, el juicio de diferentes personas tiende a ser distinto. Nótese que en estas circunstancias el acaudalado no necesariamente siente que «el nivel de vida» se haya elevado, aunque los beneficios que experimente se hayan incremen-

4. R. Robinson, 1990.

5. Sin embargo, hay que observar que el estado de bienestar como un todo no es redistributivo, por lo menos en Gran Bretaña. Ver J. Le Grand y R. E. Goodin (eds), 1987.

tado. Es muy posible que las personas hagan evaluaciones sobre el nivel de vida de la sociedad en conjunto, independientemente de lo bien libradas que ellas personalmente se sientan. Tanto un cambio en la distribución del consumo o en las cosas en las que se gasta, pueden llevar a uno a concluir que los niveles de vida generales se han elevado o han decaído.

Estas observaciones conducen a una importante conclusión. el nivel de vida es una noción subjetiva que no puede reducirse a indicadores objetivamente mensurables tales como el ingreso o el gasto, sea privado o público. En realidad el bienestar es un concepto inherentemente personal: cada individuo verá de manera diferente un patrón de consumo dado —sea el suyo propio o el de los demás—. En este sentido, el nivel de vida inducido por un programa económico como el descrito en este libro no puede deducirse simplemente de las políticas que contiene, aun cuando las consecuencias de esas políticas pudieran predecirse con precisión. El nivel de vida depende tanto de la gente que lo experimenta como de las políticas que lo generan.

Ingreso disponible y calidad de vida

Por lo menos en el corto plazo es muy posible que las medidas de protección del medio ambiente estimulen el crecimiento económico. Como hemos visto, la necesidad de nuevos productos, nuevos procesos industriales y nueva infraestructura, bien puede conducir a un incremento de la Renta Nacional. No obstante, esto no significa que haya de aumentar el ingreso disponible real. En primer lugar, gran parte del gasto adicional presionará al alza de precios, ya que las empresas tratarán de recuperar sus mayores costes de producción y acometer nuevos programas de inversión. De manera que aun cuando el ingreso nominal aumente, el ingreso real puede no aumentar. En segundo lugar, los impuestos tenderán a ser más altos. Muchos programas ambientales requerirán gastos públicos que habrá que pagar; también es posible que se usen directamente impuestos sobre el consumo. Así, aunque se eleve el ingreso bruto, el ingreso disponible puede no aumentar.

El impacto general de los programas de protección del medio ambiente en el ingreso disponible dependerá del equilibrio entre estos efectos negativos y el impacto generalizado del crecimiento. Es posible que en el corto plazo el segundo pueda ser mayor, pero es de prever una reducción del ingreso disponible real en el largo plazo. En primer lugar, dentro de las restricciones que impone la sostenibilidad, no puede garan-

tizarse el crecimiento continuo del PNB: no sabemos lo que será posible, pero es evidente que las restricciones ambientales al crecimiento serán más severas. Puesto que el medio ambiente se consume generalmente de forma colectiva y sin pago, el mayor gasto en la protección del mismo es de esperar que conduzca a un menor ingreso disponible para el consumo privado.

Asumamos entonces que un programa para la sostenibilidad reducirá los ingresos disponibles reales. ¿Qué efecto tendría esto en el nivel de vida? Para contestar necesitamos saber qué sucede con el dinero que se quita del consumo privado para gastarlo en protección del medio ambiente. ¿Quién se beneficia de ello?

Ante todo, los gastos ambientales obviamente pueden dirigirse a la mejora del medio ambiente actual de las personas cuyo ingreso disponible se reduce. Aquí se realiza efectivamente una compra directa: la pérdida de ingreso paga varias mejoras en la calidad de vida, tales como menor contaminación, más espacio verde, mayor variedad de hábitats, menos congestión urbana, y otras. Hay una simple transferencia del consumo privado al colectivo.

Si este fuera el único uso al que se destinara la reducción del ingreso disponible, el efecto en el nivel de vida sería un asunto sencillo. Dada nuestra definición (ingreso disponible real más calidad de vida), el nivel dependería de si las mejoras en la calidad de vida se consideraran más valiosas que el ingreso del que se haya privado las personas. Pero no es probable que toda la reducción del ingreso disponible vaya a beneficiar a la gente cuyo ingreso se redujo. Algunas de las mejoras ambientales serán experimentadas por generaciones futuras, las cuales serán las mayores beneficiarias, por ejemplo, de las políticas de reducción del calentamiento global, la erosión del suelo, los residuos peligrosos, etc. Asumiendo que el bienestar de esas generaciones no se refleje completamente en el bienestar de la gente de hoy, estos gastos serán una «pérdida» para la presente generación. La reducción del ingreso sufrida ahora no trae consigo ningún beneficio equivalente.

Asimismo, parte del gasto ambiental adicional puede dirigirse a la mejora del medio ambiente en otros países. Las políticas para reducir las emisiones que provocan lluvia ácida en el Reino Unido y en los Estados Unidos, beneficiarán probablemente más a los países escandinavos y a Canadá que a los mismos Reino Unido y Estados Unidos. Los gastos tendentes a reducir la desertización en África y la destrucción de la selva tropical amazónica solo harán una contribución marginal (directa) al bienestar del Norte, pero posiblemente sí hagan una contribución mayor a los países receptores. También estos gastos serán entonces una

«pérdida» en términos del nivel de vida de la nación que hace el gasto.⁶

Naturalmente muchas políticas ambientales tienen algún efecto en los tres tipos de bienestar («local actual», «futuro» y «distante»). Por ejemplo, la disminución del consumo de gasolina puede dirigirse primordialmente hacia la disminución del calentamiento global futuro; pero también reducirá las deposiciones de lluvia ácida en otros países y mejorará la calidad del aire urbano actual. Entonces, rara vez hay una decisión sencilla que permita seleccionar los beneficiarios del gasto ambiental. Pese a todo, hay que aceptar que pueden hacerse transacciones; y si esto es así, es evidente que mientras más redistributivo sea un programa medioambiental, mayor tenderá a ser el impacto adverso en el nivel de vida. Cuanto más se gaste en proteger el medio ambiente para las generaciones futuras y para la gente de otros países —particularmente la que vive en el Sur, para la cual la sostenibilidad demanda una genuina redistribución de los recursos—, habrá menos dinero disponible para mejorar la actual calidad de vida en el Norte.

Podemos concluir que el impacto de los programas medioambientales en el nivel de vida dependerá de dos factores: primero, del grado en que los programas redistribuyan los beneficios del medio ambiente para las futuras generaciones y para poblaciones distantes; y, segundo, de la forma cómo el ingreso disponible para ello se valore en comparación con la mejor calidad de vida obtenida a cambio.

La apreciación de la calidad de vida

¿Es probable que la gente valore más las mejoras de la calidad de vida que el ingreso disponible que perdería? Esto obviamente dependerá de cuánto dinero esté en juego y de qué mejoras se hagan. En algunos casos las mejoras de la calidad de vida pueden significar más que la suma de sus partes; es decir, que el beneficio de un bien público para cada individuo puede ser mayor que el ingreso del que se haya privado para alcanzarlo. Por ejemplo, puede requerirse solo un pequeño aumento de los impuestos para hacer grandes mejoras ambientales, digamos, desde el punto de vista de la apariencia y de la cantidad de espacio «verde» en los barrios urbanos. Estas pueden ser mucho más valiosas para la

6. Es verdad que la ayuda para el Sur también tiene diversos beneficios para el Norte, y que en cierta medida el bienestar de los pueblos de otros países está incluido en el bienestar del propio país.

gente local que el ingreso disponible perdido. Por otra parte, cuando la elasticidad respecto al precio es baja, puede suceder lo contrario. Como hemos visto, pueden requerirse grandes incrementos de precio para originar cambios medioambientales relativamente pequeños, por ejemplo, en el consumo de gasolina. En esos casos el efecto sobre los niveles de vida generales pueden depender de los instrumentos de política empleados.

Como ya lo observamos, dependerá también de la distribución de los costes y beneficios. Si las mejoras medioambientales que benefician a la gente más pobre se financian primordialmente mediante incrementos de impuestos a la más adinerada, mucha gente puede sentir que los niveles de vida en general se han elevado.

La evaluación de las pérdidas de ingreso disponible con respecto a las ganancias en calidad de vida, también tenderá a depender de los niveles de conciencia de la población. En general podemos asumir un alto grado de conciencia sobre los cambios en el ingreso personal. Algunas mejoras del medio ambiente también pueden ser relativamente obvias; por ejemplo, una disminución en la congestión del tráfico o la limpieza de las playas. Pero otras pueden ser en gran medida ocultas. La mayoría de la gente puede no ser consciente de una reducción en la producción de residuos peligrosos o del incremento en la cantidad de mariposas de una especie amenazada, pese al hecho de que, si fuera consciente de esas cosas, podría verlas como de mayor valor que la reducción marginal del ingreso, requerida para ellas. En los casos de contaminación, donde el problema principal es el riesgo para la salud, la cantidad de información que la gente tenga sobre el posible peligro, obviamente será crucial para su juicio de valor sobre su reducción. En estas circunstancias, la publicidad que se les dé a las mejoras medioambientales puede ser un factor tan importante como las mejoras mismas.

Otro problema aquí es que la gente puede no ser consciente de lo que podría haberle sucedido al medio ambiente de no haberse implantado la política protectora. Después de todo, en muchos casos el efecto de esas políticas no será tanto mejorar el medio ambiente como prevenir (o desacelerar) su mayor degradación. Será necesario, entonces, juzgar los beneficios de calidad de vida que se obtengan, no por ellos mismos, sino en comparación con la degradación que de otro modo se habría producido. Si la gente no es consciente de esto, es posible que desconozca el valor de la política.

Puede aclararse una última cosa. Se trata de que la apreciación que haga la gente de la calidad de vida, no es fija. La creciente abundancia, por ejemplo, puede conducir a un cambio de prioridades, del consumo

material a contribuciones más cualitativas al bienestar. Esto es lo que sostiene una de las teorías más famosas sobre las necesidades humanas.⁷ También puede ser que a medida que varios aspectos del medio ambiente se tornen más escasos o más degradados, su valor aumente. Mientras más se deteriore el campo, por ejemplo, más dispuesta puede estar la gente a pagar por su preservación. O puede darse el caso de que simplemente las actitudes de una sociedad cambien a medida que la gente se haga más consciente de la degradación del medio ambiente y a medida que se incremente la influencia de movimientos políticos o culturales (como el movimiento Verde). Cualquiera de estos cambios —o sus opuestos— pueden conducir a que se hagan diferentes valoraciones de los cambios en la calidad de vida y, por consiguiente, de los niveles de vida.

Estas observaciones indican que la percepción del nivel de vida en cualquier situación dada, no solo es inherentemente subjetiva, sino también susceptible de cambiar. Esta es una importante conclusión que retomaremos más adelante.

Valor del ingreso disponible

Hasta aquí hemos mostrado que el impacto de un programa económico Verde en el nivel de vida dependería de cómo se valoren las mejoras de la calidad de vida, por contraposición con la pérdida de ingreso disponible. Pero esto en realidad es solo la mitad del panorama. Porque el valor del ingreso disponible restante también puede cambiar.

Como vimos en el capítulo 9, la forma menos dolorosa de cumplir las metas de sostenibilidad es incrementar la eficiencia ambiental; esto es, reducir el impacto ambiental por unidad de PNB. Esto puede hacerse esencialmente de dos maneras. La primera es cambiar la naturaleza de los productos: alterar su diseño, sus procesos de manufactura, los materiales de los que están hechos, etc. En muchos casos bien puede ser factible reducir el impacto ambiental considerablemente a través de estos métodos. Por ejemplo, los CFCs de los aerosoles han sido sustituidos en gran medida por propulsores que se cree que son menos perjudiciales. De manera similar, nuevos materiales, tales como cerámicas y fibras ópti-

7. A. H. Maslow, 1954, y otros trabajos. La aplicación de la teoría de Maslow sobre las necesidades humanas a la economía, es comentada en M. A. Lutz y K. Lux, 1988.

cas, parecen listos para reemplazar metales en muchos usos industriales, incrementando con ello la eficiencia tanto energética como de recursos.

La segunda forma de incrementar la eficiencia ambiental es cambiar la gama de productos que se consumen. Así, el transporte público, las bicicletas y el desplazamiento a pie podrían asumir algunas de las funciones para las cuales hoy se usan los automóviles. El volumen de bienes duraderos podría descender, para ser reemplazado por un mayor consumo de, por ejemplo, servicios de educación, salud o culturales. (A veces la distinción entre los dos métodos de incrementar la eficiencia puede ser borrosa: si los vehículos movidos con alcohol reemplazan a los movidos con gasolina, por ejemplo, esto podría interpretarse como un incremento de la eficiencia de los automóviles, o bien, como la sustitución de un producto por otro. Eso poco importa).

Estos cambios, a su vez, tendrían varios efectos en el nivel de vida. En algunos casos todo lo que podría suceder es que la mejora en su eficiencia haría que el precio del producto aumentara. Así, los refrigeradores sin CFCs y los detergentes biodegradables costarían más; pero hasta donde concierne al consumidor, el producto mismo permanecería básicamente inalterado. Esas alzas de precio reducirían el nivel del ingreso disponible real, según lo explicamos anteriormente. En otros casos el precio de un producto podría subir, pero al mismo tiempo el producto mismo podría mejorar. Así, por ejemplo, la instalación de cables de fibra óptica en lugar de cables convencionales, incrementa la cantidad de información que puede transmitirse y al mismo tiempo genera menos contaminación en su manufactura y uso. En estas circunstancias no puede decirse simplemente que el ingreso real haya bajado, ya que los consumidores bien pueden sentir que los beneficios adicionales merecen el coste adicional. En otros casos, las mejoras del medio ambiente pueden ahorrarles efectivamente dinero a los consumidores, como sucede con las bombillas de bajo consumo de energía y los bienes de consumo duraderos de más larga vida. Aquí los ingresos reales pueden elevarse pese a los incrementos de precio.

No obstante, en general es de esperar que las alzas de precio reduzcan el ingreso real, cosa que los economistas llaman el «efecto renta». Adicionalmente tienen un «efecto sustitución». A medida que cambian los precios relativos de los productos, los consumidores modifican sus patrones de consumo, de manera que compren más el artículo que se ha vuelto relativamente más barato y menos el que se ha vuelto más costoso. Así, una reacción a un alza en el precio de la gasolina será un incremento en la proporción de la renta familiar que se gaste en ella. Pero es igualmente probable que la gente empiece a usar menos sus vehículos

y a gastar su dinero más bien en otras cosas, en tanto que el valor relativo del desplazamiento en automóvil declina. Uno de los productos sustitutos sin duda sería el transporte público, particularmente si el alza en el precio de la gasolina va acompañada de mejoras en los servicios de autobuses y trenes. Pero la gente también puede optar por gastar más en distracciones caseras o locales y menos en días de descanso en vacaciones distantes; o más en bicicletas y menos en automóviles. De esta manera las políticas ambientales empezarían a alterar la gama de productos vendidos a un nivel dado de ingresos.

A corto plazo, sería razonable asumir que tales cambios en los modelos de consumo serían experimentados como reducciones en los niveles de vida. Si la gente hubiera querido usar más transporte público, y pasar más tiempo en su jardín que en el exterior, lo habría hecho antes de que tal comportamiento fuera inducido mediante una política ambiental.

Sin embargo, para el largo plazo esta conclusión quizás se tendría que revisar. Al fin y al cabo el modelo de consumo de la mayoría de las personas está fuertemente influenciado por normas sociales, y su valoración del mismo se rige en gran medida por comparación con el de los otros. Si se restringiera el uso de automóvil para todo el mundo, y se mejoraran los servicios de transporte público, la gente podría descubrir que usar autobuses y trenes no era en realidad tan duro como lo había creído; una vez habituada a ello, difícilmente sentiría la pérdida. En efecto, para algunos podría ser muy placentero ir en bicicleta al trabajo y de compras (por supuesto, habría menos coches en las calles y menos contaminación).

Igualmente, los incrementos de precios de bienes de consumo podrían percibirse en el corto plazo como una reducción de los niveles de vida; sin embargo, con el tiempo la gente podría llegar a valorar más las cosas que comprara a cambio: deportes y actividades de ocio, libros, clases vespertinas, entretenimiento activo o lo que sea. El precio de la carne y de otros productos agropecuarios podrían subir, pero pronto los vegetales cultivados en casa podrían reconocerse como más saludables y, en todo caso, más satisfactorios. Incluso es posible que la gente descubriera que en realidad no necesita gastar tanto dinero para sentirse bien. Es lugar común que muchos de los productos que atiborran las familias del Hemisferio Norte son superfluos: mientras estén disponibles para quien los quiera tomar, es difícil evitar consumirlos; pero si las opciones cambiaran —y cambiaran para todos, de modo que los petulantes no pudieran destacar sobre los demás— no serían echados de menos.

No sabemos si esto ha de suceder; es también perfectamente posible

que cualquier reducción en el uso privado de vehículos y en la capacidad de cambiar cada dos años los equipos de alta fidelidad resulte ser absolutamente traumática para las sociedades del Norte. Pero la posibilidad de que pudiera cambiar lo que la gente percibe como un alto nivel de vida ilustra un punto importante.

Se trata de que un mismo nivel de vida podría corregirse mediante diferentes modelos de consumo. La gente podría sentirse igual de bien en dos situaciones en las que los bienes y servicios que consuma sean muy diferentes. O, en otras palabras, las políticas del medio ambiente podrían modificar la constitución del nivel de vida sin que este se considere inferior.

Política de consumo

Este es, seguramente, el ideal Verde. Es incuestionable que la sostenibilidad exige reducir el impacto ambiental actual del ciudadano medio del mundo industrializado. Si seguimos como vamos, la catástrofe amenaza, pero poca gente querría que este cambio necesario fuera experimentado como una reducción de los niveles de vida, máxime cuando los ciudadanos afectados pueden negarse a votar por él. Por el contrario, el ideal tiene que ser que el impacto ambiental no supere los límites de la sostenibilidad, sin que la gente en general se sienta peor librada. Sintetizando los argumentos de este capítulo, esto puede ser posible si los incrementos de la eficiencia generados por las políticas ambientales son de tres tipos.

En primer lugar, tienen que mejorar notablemente la calidad de vida; lo suficiente para que la gente valore más las mejoras que la pérdida de ingreso disponible requerida para pagarlas. En segundo término, deben generar productos nuevos que no sean mejores tan solo para el medio ambiente, sino que sean más altamente valorados en otros sentidos o que efectivamente les ahorren dinero a los consumidores, por ejemplo, a través de eficiencia energética o de durabilidad. En tercer lugar, tienen que conducir a cambios en los modelos de consumo, que la gente llegue a considerar, por lo menos, no peores que los patrones reemplazados.

El concepto del nivel de vida podría pensarse como una relación entre oferta y demanda. Mientras la oferta de bienes y servicios se mantenga paralela a la demanda de los mismos por parte de los consumidores, el nivel de vida no descenderá: a las expectativas de la gente corresponderá la disponibilidad de las cosas que ella quiere. Sin embargo, la crisis ecológica entraña una disminución de la oferta de recursos: si la humanidad quiere evitar la catástrofe, tenemos que reducir nuestro impacto so-

bre el mundo natural a un nivel compatible con el mantenimiento de las capacidades ambientales. Bajar la oferta en esta forma tiene entonces que implicar inevitablemente una reducción de los niveles de vida, a menos que la demanda de recursos también descienda. Tal reducción de la demanda es posible, como lo hemos visto, mediante cambio tecnológico y cambio en los gustos. Mientras más ocurra esto, menor será la reducción de los niveles de vida. Si la caída de la demanda de recursos iguala la reducción de la oferta sostenible, el nivel de vida puede mantenerse parejo al mismo tiempo que se logra la sostenibilidad.

¿Es posible hacer esto? La escala de tiempo del cambio seguramente será crucial. Los cambios en la constitución de los niveles de vida no pueden efectuarse de la noche a la mañana. Los avances tecnológicos y las inversiones requeridos para incrementar la eficiencia ambiental serán considerables; tomará tiempo desarrollarlos. Cambiar la valoración de la gente relativa a modelos de consumo ambientalmente más benignos, implicará cambios de gustos y culturales que es improbable que se produzcan rápidamente.

Por supuesto, ambos tipos de cambios serían fomentados por las medidas de protección del medio ambiente, a medida que las actividades nocivas resulten más costosas y las benignas más baratas. En este sentido, el acto mismo de reducir la oferta disponible de recursos ambientales puede conducir a reducciones de la demanda.⁸ El escenario ideal sería entonces que las reducciones ocurrieran más o menos al mismo ritmo: que la demanda por el uso del medio ambiente caiga (mediante avances tecnológicos y cambios en los gustos) aproximadamente a la misma tasa que se implanten las medidas de protección del medio ambiente que restrinjan la oferta. De esta forma se minimizaría el coste de la política de desarrollo sostenible, en términos de reducción de los niveles de vida actuales.

Esto podríamos describirlo como la «ruta del filo de la navaja» hacia el desarrollo sostenible. Podemos caer por cualquiera de los dos lados. Si las medidas de protección del medio ambiente conducen más rápidamente a una reducción de la oferta de recursos, que los cambios tecnológicos y de gustos a la reducción de la demanda de esos recursos, se percibirá un descenso de los niveles de vida y la política puede no ser adoptada. Por otra parte, si restringimos la tasa a la que disminuya la

8. Esto sugiere una forma inversa de la Ley de Say, según la cual la oferta crea su propia demanda.

demanda, y ésta es demasiado lenta, corremos el riesgo de una catástrofe ecológica. Permanecer en la ruta seguramente requerirá inmensa destreza política, así como también criterios económicos cuidadosamente diseñados.

Que nuevos avances tecnológicos incrementarán la eficiencia ambiental, no puede dudarse. Pero mucha gente será más escéptica con respecto a la probabilidad de que los gustos y la cultura de las sociedades industrializadas puedan cambiar lo suficiente para acomodarse a la requerida reducción del impacto ambiental. ¿Estaría la gente realmente dispuesta a no considerar una reducción en el uso de automóviles como una reducción de sus niveles de vida? ¿Estaría realmente satisfecha de privarse de la constante expansión de sus posesiones materiales en favor de un estilo de vida más sostenible? Se tiene que aceptar que las políticas ambientales traerían consigo considerables beneficios: menos contaminación, mejor salud, paisajes más bellos, menos congestión de tráfico, barrios más placenteros, menos temores con respecto al futuro. Pero si la gente sentirá o no en realidad que estas mejoras compensan los cambios de estilo de vida que tienen que ocurrir para lograrlas, sigue siendo un interrogante.

El aparente apego de las sociedades occidentales a la cultura del consumo —y la forma contagiosa en que se ha extendido a los países de Europa Oriental y al Sur— tal vez dificulta ser optimista. Con todo, lo importante aquí seguramente no es lo probable que pueda ser ese cambio de cultura. Que el cambio ocurra o no, no es una cuestión de fatalidad que escape al control humano. Las culturas y los gustos se hacen, no brotan de nuestros genes como algo innato. Y son influenciados por un amplio conjunto de factores sociales y políticos que pueden ser cambiados y desarrollados por partidos políticos, grupos de presión, organizaciones voluntarias, comportamiento individual y actividad cultural.

En este sentido, lograr la Economía Verde, en último término, no resultará ser asunto de la Economía. Como hemos visto en este libro, las causas de la crisis ecológica son bastante claras. La sostenibilidad constituye un objetivo que puede defenderse moralmente y que además puede traducirse en política. Hay una gama de instrumentos disponibles para mantener la economía dentro de las restricciones que impone la sostenibilidad, pero no se implantará un programa económico Verde a menos que las sociedades industrializadas manifiesten el deseo y la voluntad de cambiar. En consecuencia, la descripción de las políticas requeridas es solo la primera parte de la tarea que tenemos entre manos. La segunda —y quizá la más importante— es fomentar esos cambios políticos y culturales que harán posible ponerlas en práctica.

Queda por ver si el programa Verde puede ganarse el respaldo popular. No sabemos qué se requeriría para estimular a la gente a valorar más altamente la calidad de vida; a dar más peso a los intereses de las generaciones futuras, de los pueblos distantes y de la vida silvestre; a apreciar formas de consumo menos materialistas. Pero no es esta la cuestión. Para aquellos a quienes les preocupa la crisis ecológica, la tarea seguramente consiste en descubrirlo.